

Israel-Palestina:

¿Conflicto sin fin?

El conflicto israelo-palestino, iniciado a principios del siglo XX por efecto de la acción sionista para crear un hogar nacional judío en Palestina, acaba de entrar en una tercera etapa. La primera se extiende de la Declaración Balfour de 1917 a la "guerra del Yom Kippur" de 1973, y se caracteriza por una hostilidad creciente y violenta. Una segunda etapa, que apunta hacia una gradual distensión y posible conciliación, se inició en 1973 y se prolongó hasta el año 2000. La tercera fase, trágica y aún imprevisible, se acaba de iniciar.

Israel e Ismael, hermanos divididos

El profeta Mahoma (siglo VII de nuestra era), se encontró enfrentado a los judíos que le resistían en el plano religioso y al mismo tiempo se le oponían política y militarmente. Sólo pudo vencerlos al cabo de una guerra riesgosa y sangrienta. Sin embargo, una vez consolidados el califato y la UMMA (Comunidad Sociopolítica Universal del Islam), las relaciones entre musulmanes y judíos se colocaron en un plano de coexistencia pacífica y a veces hasta de convivencia amistosa. El Islam -más tolerante que el Cristianismo de la Edad Media y los primeros dos siglos de la Edad Moderna- otorgó protección y fueros a los "pueblos del Libro" (judíos y cristianos) que vivían en sus dominios, a cambio de su sumisión política y el pago de tributos específicos.

A mediados del siglo XIX, simultáneamente con los movimientos nacionales de Italia, Alemania y Europa centrooriental, surgió la corriente nacionalista árabe, ya no identificada con el Islam en general, sino con el anhelo -condicionado en el plano sociológico y traducido en ideología y programas por los intelectuales- de constituir una nación soberana que integrase a todas las poblaciones de habla árabe desde el Eufrates hasta el

Sahara Occidental. El movimiento se dirigía no sólo contra el colonialismo occidental sino también contra la dominación turca.

Al mismo tiempo, se iba formando el sionismo, movimiento de afirmación nacional del pueblo judío, estimulado por los brotes de antisemitismo violento o insidioso que se manifestaban en los países "cristianos" de Europa. El doctor Teodoro Herzl convocó al Primer Congreso Internacional Sionista en 1897, un año después de haber publicado su obra El Estado Judío.

Inevitablemente debieron chocar estos dos movimientos nacionales que, ambos, consideraban a Palestina y su capital, Jerusalén, como tierra suya y lugar de irrenunciable valor espiritual. Sin embargo, no estalló ningún conflicto drástico hasta después del año 1919, cuando se hizo evidente la insidiosa mala fe del imperialismo anglofrancés que había formulado ofrecimientos contradictorios a los dos pueblos, y violado descaradamente su inicial promesa hecha al bando árabe.

Antes de enterarse de esta traición, Faisal y los dirigentes árabes moderados habían expresado su aceptación de la idea de una zona autónoma judía en una Palestina que formase parte de un Estado federal árabe, y por el otro lado, los sionistas moderados no habrían tenido objeciones. El juego sucio de los imperialismos echó por tierra esta posibilidad de arreglo, y de allí en adelante la relación judío-árabe en Palestina estaría marcada por la desconfianza, el odio y la violencia.

Aún así, en el seno del movimiento sionista siempre existió una fuerte corriente conciliadora, que consideraba esencial la búsqueda de una futura convivencia fraternal entre los dos pueblos. Esa corriente orientada hacia la paz estaba representada por el mayoritario movimiento laborista.

El ascenso de Hitler y el auge del feroz antisemitismo nazi incrementó grandemente la presión migratoria judía hacia Palestina y, por reacción, inflamó las pasiones antisionistas y antijudías de los nacionalistas árabes palestinos, conducidos por el influyente clan familiar de los Husseini. Su líder principal, Hadj Amin al-Husseini, Gran Mufti de Jerusalén, no vaciló en buscar la ayuda de Hitler contra la dominación británica y la presencia judía.

Guerra Nacional y Guerra Fría

El Plan de participación de Palestina en 1947 y la proclamación del Estado de Israel en 1948 se logró por obra y gracia de la presión conjunta de la URSS y de Estados Unidos, aunque en este último país los intereses conservadores y sobre todo las compañías petroleras defendían el punto de vista de los monarcas y jeques árabes y se oponían a la causa judía. La independencia de Israel y su defensa exitosa en la guerra contra los árabes en 1948-1949 fueron apoyadas y aplaudidas principalmente por la izquierda mundial, incluidos los Estados comunistas, en tanto que el conservadurismo occidental simpatizaba con los árabes.

El alineamiento de fuerzas cambió radicalmente cinco años después. La revolución Egipcia de Abdel-Nasser en 1952 abrió la perspectiva de un viraje del mundo árabe del tradicionalismo feudal y la sumisión ante el Occidente a una nueva actitud de rebelión anticolonista, aprovechable por el bloque soviético. Por ello, Moscú transfirió su respaldo de Israel a Egipto y las fuerzas radicales árabes, mientras el bloque occidental, en lógica reacción, ofreció asistencia y cooperación al Estado Judío.

La alianza entre Israel y el Occidente en la Guerra Fría se consolidó en

1956, cuando el primer ministro y fundador del Estado, David Ben-Gurion, tomó la decisión de unir las fuerzas militares judías a la operación armada intervencionista de Gran Bretaña y Francia contra Egipto para retomar el control del Canal de Suez nacionalizado por Gamal Abd-el-nasser.

A partir de ese momento, Israel y el movimiento sionista quedaron firmemente definidos como parte del Occidente y de su estrategia de contención al tercermundismo, en lugar de ser -como lo habían planteado elementos idealistas de la izquierda judía- parte y tal vez vanguardia del Oriente en sus esfuerzos de liberación nacional.

La Guerra de los Seis Días de 1967 constituyó un lógico y exitoso acto israelí de autodefensa contra una vasta ofensiva árabe que tenía el propósito de destruir la "entidad sionista" y de "echar los judíos al mar". La enorme superioridad tecnológica y organizativa de un país dirigido por judíos europeos, y que además luchaba por su existencia, resultó en la erección de un Gran Israel y en la más humillante derrota de los estados árabes. En 1973, los éxitos tácticos parciales de los árabes en la Guerra del Yom Kippur enderezaron ligeramente la balanza de la autoestima, pero substancialmente quedó confirmado un hecho indiscutible: Israel, país desarrollado y afiliado a la causa occidental, no puede ser destruido (hasta posee, sin duda, el arma nuclear).

La etapa de la distensión, 1973-2000

La indestructibilidad de Israel -no sólo por su propia fuerza sino también por el firme apoyo que le otorga Estados Unidos, cuya comunidad judía constituye un importante grupo de presión interno- fue registrada por el mundo a partir de la Guerra del Yom Kippur. El movimiento de liberación palestino, en particular, se ajustó a las

nuevas circunstancias y adoptó una estrategia defensiva o de resistencia nacional popular que ya no busca la desaparición de Israel sino el reconocimiento eventual de un Estado Palestino coexistente con él. Yaser Arafat, presidente de la Organización de Liberación Palestina en esta etapa, se diferencia profundamente de su predecesor Ahmed Shukeiri por su evidente formación ideológica progresista: establece una clara distinción entre el "pueblo judío" al que supuestamente llega a "amar", y el "sionismo", al que rechaza y combate.

El colapso del bloque comunista y el fin de la Guerra Fría significaron para el Medio Oriente, como para el resto del mundo, la necesidad de enfrentarse a una nueva situación internacional fundamental. Mientras Israel conservaba la amistad y protección de Estados Unidos, el nacionalismo árabe y palestino perdía el apoyo de un polo de poder alternativo.

En la Guerra del Golfo de 1991, la superpotencia única demostró de modo contundente su determinación a controlar los recursos estratégicos del Medio Oriente (y del mundo en general), y a imponer su orden y su autoridad frente a los desmanes de "Estados bribones".

En ese nuevo ambiente mundial pudo prosperar el proceso de paz de Oslo, en el cual quedaron fijadas las bases de una futura coexistencia pacífica entre las naciones judía y árabe de su común Tierra santa, con base en la fórmula "paz por tierras" (disposición de los árabes a convivir con Israel a cambio de la devolución de buena parte de las tierras ocupadas en la Guerra de los Seis Días). Se avanzó hacia la histórica conferencia de Washington en 1993, y a lo largo de los años 1994 y 1995, no obstante graves incidentes y ocasionales retrocesos, se avanzó hacia la paz. Rabin y Arafat recibieron conjuntamente el Premio Nobel de la Paz.

Sin embargo, en Israel creció la oposición a un proceso que la derecha consideró "entreguista" por parte del gobierno laborista. En noviembre de 1995, Isaac Rabin fue asesinado por un judío ultraortodoxo y fanático. Peres le sucedió en el mando, pero pronto perdieron el poder, él y su Partido Laborista, siendo reemplazados por el conservador Likud, con Benjamín Netanyahu como jefe de gobierno.

Durante los años 1996-1998 el proceso de paz se estancó por la actitud revisionista del gobierno conservador israelí. El endurecimiento de la posición de Israel se debió a la creciente influencia de grupos clericales ortodoxos y de judíos de línea dura procedentes de Estados Unidos.

Sin embargo, el péndulo volvió a girar hacia la paz y en mayo de 1999 Ehud Barak, nuevo líder laborista, fue elegido al cargo de primer ministro. Su programa de paz fue radical, y de inmediato se reanudaron las conversaciones con Arafat, así como también con el gobierno de Siria. (Ya en 1978 Israel había firmado la paz con Egipto y en 1994 con Jordania).

Ruptura y retroceso

La reciente ruptura del proceso de paz y el lamentable retorno a una violencia extrema entre las autoridades israelíes y la población árabe palestina parece deberse a diversas causas, entre las que cabe mencionar:

1 / El primer ministro israelí Ehud Barak suscitó esperanzas exageradas, imposibles de colmar dentro de la correlación de fuerzas políticas existentes en Israel. Se mostró excesivamente audaz en promesas a palestinos y sirios, quienes posiblemente interpretaron su disposición a negociar y a efectuar ajustes territoriales como señal de debilidad.

2 / En Israel, como en tantos otros países democráticos del mundo actual, ha ocurrido un deterioro de la calidad de los partidos y del liderazgo político, junto con un desencanto de la ciudadanía con una democracia representativa que perciben como mediocrizada y parcialmente corrompida. La coalición precaria que respal-

daba la gestión de Barak comenzó a desintegrarse por motivos baladíes, de ambición personal o de querrela sobre el reparto de parcelas de poder.

3 / Tanto en el bando israelí como en el palestino, los extremismos, aún siendo minoritarios, amedrentan y frenan la labor de las corrientes positivas y moderadas. En años recientes, la derecha clerical ortodoxa adquirió una influencia desmedida en Israel, ayudada por recursos estadounidenses. Asimismo, en el bando árabe, se han fortalecido los grupos minoritarios violentos, opuestos a cualquier arreglo con Israel; dichos grupos cuentan con financiamiento y apoyo de movimientos musulmanes integristas vinculados al narcotráfico.

4 / El nuevo estallido de violencia fue provocado fríamente por el señor Ariel Sharon, sionista derechista, de durísima línea antiárabe, quien ocupa el alto cargo de jefe de la oposición conservadora y que aspira ocupar la jefatura del gobierno.

En el bando palestino, Arafat igualmente se ve acosado, tanto desde la derecha como desde la izquierda, por rivales ambiciosos, que tal vez piensan más en sus carreras políticas que en la vida y el bienestar de los pueblos.

Simón Peres, el grande y sacrificado estadista israelí que realmente busca la paz y la reconciliación (como por su parte también creemos que la busca Arafat), ha dicho que a pesar del actual baño de sangre la reanudación del proceso de paz es posible y constituye la única opción que los pueblos judío y palestino podrán aceptar o soportar a mediano y largo plazo. El realiza esfuerzos en ese sentido. Por su parte, el futuro gobierno de los Estados Unidos no dejará de continuar gestiones mediadoras exigidas por la necesidad de complacer al influyente lobby judío norteamericano y también a la comunidad árabe norteamericana que ha comenzado a organizarse nacionalmente. Existe la probabilidad, asimismo, de que ante la gravedad de la situación comience a actuar con mayor energía y efectividad el 50 por ciento de la población israelí que desea la paz. Por el otro lado, los gobiernos árabes moderados y un creciente movimien-

to de opinión pública en contra del integrista y del nacionalismo violento dentro del Islam en su conjunto, podrían contribuir a proveer un retorno al diálogo.

Decisivo sería, por otra parte, una renovación de los ofrecimientos condicionados del Occidente (Estados Unidos y Unión Europea actuando conjuntamente): que el Medio Oriente podría contar con recursos y créditos para su desarrollo, si depone las armas y apacigua los ánimos enardecidos.

DEMETRIO BOERSNER

Exembajador de Venezuela. Dr en Ciencias Políticas